



PARADOJAS DE HENRI DE LUBAC

3ª Intervención de la Mesa redonda del XVIII EFCSM 2024

D. Giacomo Mussini

Filólogo y actualmente traductor y coordinador de la web BalthasarSpeyr.org, sobre estos autores.

© 2024. **Fundación Maior**

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

- Citación de procedencia.
- Aviso previo a la Fundación Maior, que permita autorizar la reproducción.
- Exclusión de todo fin de lucro.

«La paradoja es objetividad» La aventura de la relación con la verdad en las Paradojas de Henri de Lubac

Quisiera empezar compartiendo un fragmento de un telediario francés el día en que De Lubac fue creado cardenal (el 2 de febrero de 1983; tenía entonces casi 87 años). Se le pide un comentario, y él dice simplemente: «Lo que más me ha tocado, ha sido el *Pater Noster* cantado por todo el pueblo».¹ Que este hombre tan erudito haga un comentario como el de un niño de catequesis la primera vez que, de viaje a Roma, la plaza de San Pedro llena de fieles rezando le hace percibir de modo nuevo la comunión en la Iglesia y su universalidad, me parece algo muy paradójico. Además, esto nos introduce en el espíritu de los libros de los *Paradoxes* en otro sentido: son textos muy íntimos, que nos manifiestan el alma de su autor. Y me ha llamado la atención su sencillez gozosa: como dice él mismo, «la verdadera clarividencia es siempre ingenua».² De vez en cuando, en medio de sus razonamientos sutiles, surge una exclamación, manifestando aquello que uno de sus maestros, San Agustín, llama el «gozo por la verdad»: *Gaudium de veritate, gaudium de Te, qui Veritas es!*³

La relación con la verdad es precisamente el tema en que quiero fijarme, tomando como lema una frase del prólogo a las *Nuevas paradojas* que dice: «la paradoja es objetividad».⁴ Sabemos que la paradoja consiste, típicamente, en una pareja de afirmaciones que parecen excluirse mutuamente, pero que hay que mantener a la vez (parafraseando Qoélet: como hay un tiempo para hablar y uno para callar, «hay un tiempo para sostener una tesis y un tiempo para resaltar la tesis complementaria. Más aún, a menudo habría que mantener las dos al mismo tiempo»⁵) y que incluso resultan confirmarse una a otra; esta forma de pensar, que parece contradecir la lógica, sería justamente «objetividad». Vamos a ver en qué sentido.

1 El video puede verse a la página [https://www.ina.fr/ina-eclairage-actu/video/cab8300163801/portrait-lustiger](https://www.ina.fr/ina-eclairage/actu/video/cab8300163801/portrait-lustiger) (consultado el 11/3/2024).

2 101/95. Aquí y el lo que sigue, se indican las paradojas con dos números: el primer número es la página en la edición francesa, que reúne las tres colecciones sucesivas (*Paradoxes*, de 1946; *Nouveaux paradoxes*, de 1955; y *Autres paradoxes*, publicado póstumo en 1994) en un solo volumen: *Paradoxes*, Paris, Cerf, 1999 (Oeuvres complètes XXXI); el segundo, en la edición española, que incluye solo las primeras dos colecciones: «*Paradojas*» seguido de «*Nuevas paradojas*», Madrid, PPC, 2005. La traducción ha sido adaptada.

3 89/83 [«Gozo por la verdad, gozo por Ti, que eres la Verdad!»]. Cf. también 85/79: «“Tal vez la verdad sea triste”, decía Renan. “Hay que amar las verdades duras”, decían unos maurassianos [los integristas de la *Action française*, fundada por Charles Maurras] poniéndose rígidos. San Agustín nos dice: *Aeterna est dulcedo veritatis* [“Es eterna la dulzura de la verdad”]». (85/79)

4 72/66, en el prólogo a las *Nuevas paradojas*.

5 35/33.

I. Empecemos por el lado del sujeto. Su actitud tiene que ser marcada por la sobriedad:

Todo pensamiento serio es modesto. No duda en «ir a la escuela» y quedarse allí mucho tiempo. Es a fuerza de impersonalidad como se conquista a sí mismo y, sin buscarlo, se convierte en un pensamiento personal.⁶

Notemos la paradoja: uno se vuelve personal si está dispuesto primero a renunciar a la originalidad. El propio De Lubac lo hizo al ponerse a la escucha paciente de los Padres de la Iglesia; por lo demás, es sabido que consideraba humildemente su obra casi como un simple «comentario», como presentación de los grandes «lugares comunes» de la Tradición eclesial.

También hay la llamada a la seriedad —«todo pensamiento *serio*...»—, que incluye el rechazo de la mediocridad: esta, observa sutilmente nuestro autor, no tolera nada que la supere, y por esto «no perdona a ninguna belleza».⁷ Pero De Lubac no es ningún tristón. Con una imagen graciosa, nos presenta la paradoja como la «hermana sonriente de la dialéctica», «menos tensa y menos apresurada que ella».⁸ Es que tiene *souplesse*, flexibilidad, ligereza, docilidad; una buena soltura que es lo contrario de la rigidez estéril:

La firmeza de un cuerpo robusto es mejor que la rigidez otorgada por un corsé. La flexibilidad del viviente es más sólida que la rigidez del cadáver.⁹

La relación con la verdad, de hecho, es algo extremadamente vivo. «Toda vida espiritual [...] implica una parte de aventura».¹⁰ Por supuesto, de nuevo, es una aventura seria: el día que uno se entera de que los problemas supuestamente «abstractos» no son ejercicios de escuela, sino problemas reales y vitales, uno pierde ciertos derechos, ya no puede permitirse ciertas actitudes, y reconoce entonces que la sinceridad es

una virtud no solamente necesaria, sino difícil. Embarcado en una aventura de peso, uno tiene el deber de reflexionar en ella en oración y de tratar la Verdad con un respeto absoluto.¹¹

En el mismo sentido de la aventura, De Lubac afirma que «el amor por la verdad no se da nunca sin audacia (*hardiesse*). Y esta es una de las razones por las que la verdad no es amada».¹²

Ya que, finalmente, la relación con la verdad es una cuestión de amor, un encuentro en la inmediatez. De Lubac expresa gustosamente esta inmediatez con la imagen de Jesús que se estremece en el Espíritu y conversa con el Padre.¹³ Por supuesto, no estamos hablando de un puro arrebató subjetivo, de un «romanticismo» de diletantes —recordemos que nuestro lema es la objetividad—:

6 84/78.

7 102/96. Cf. también el pensamiento de 81/76: las actitudes unilaterales son «mediocridades que se alternan», mientras que la paradoja mantiene en el centro como punto de equilibrio dinámico (por esto, significativamente, la lucha de De Lubac se juega a menudo en dos frentes a la vez: p. ej. contra un integralismo que idolatra del pasado, como contra un progresismo que destruye la fe).

8 71/65.

9 78/73.

10 82-83/77.

11 34/33.

12 76/70.

13 «Ninguna crítica será capaz de hacernos comprender a fondo el Sermón del Monte ni el estremecimiento de Jesús en el Espíritu» (81/75). Cf. *Sulle vie di Dio*, Milano, Jaca Book, 2021, p. 35 (ed. en español *Por los caminos de Dios*, Madrid, Ed. Encuentro, 2022).

Nada es más saludable que huir del esteticismo y del dilectantismo. Pero nada es más nefasto que confundir con esas perversiones el amor por la verdad y su búsqueda desinteresada.¹⁴

Mirando a todo lo visto hasta ahora, podemos entender más bien la objetividad como amor por el objeto más que por uno mismo: «La inteligencia no busca naturalmente lo que es “inteligente”, sino lo que es verdadero».¹⁵ De hecho:

No es la sinceridad, sino la Verdad, la que nos libera. Ahora bien, ella no nos libera sino porque nos transforma. Nos arranca de nuestra íntima esclavitud. Buscar ante todo la sinceridad es quizá, en el fondo, no querer dejarse transformar; es estar apegado a uno mismo, amarse de modo enfermizo, tal y como uno es —es decir, un mentiroso—. Es rechazar la liberación.¹⁶

II. Hemos visto la objetividad en actitud del sujeto. Pasemos ahora al lado de la realidad misma a la que el sujeto se acerca.

Originalmente la palabra «paradoja» indica algo que contradice la expectación, y, por lo tanto, resulta increíble y maravilloso. En este sentido, podríamos decir que la paradoja es objetividad en cuanto expresa el asombro originario frente al objeto. Escuchemos a De Lubac: «La vida es siempre el triunfo de lo improbable, el milagro inesperado».¹⁷ La paradoja expresa maravilla frente a la verdad *real*, que siempre es más grande. «La paradoja está omnipresente en la realidad, antes de estarlo en el pensamiento».¹⁸ La expresión paradójica no es sino el efecto de aquel «perpetuo sabor a paradoja que tiene la verdad en su frescura originaria».¹⁹ Y, por esto, no hay que apresurar una síntesis o considerar la que cada vez alcancemos como definitiva:

La maravillosa tapicería que cada uno de nosotros contribuye a tejer con su existencia no puede todavía ser abarcada por completo con la mirada. Tanto en el plano de los hechos mismos, como en el del espíritu, la síntesis solo puede ser buscada. [...] La paradoja es la búsqueda, o bien la espera, de la síntesis. Expresión provisional de una visión siempre incompleta, pero que se orienta hacia la plenitud.²⁰

Acercándonos a la conclusión, vamos a leer un fragmento muy importante, donde se critica una concepción formalista y abstracta de la verdad:

Se cree fácilmente, y sin reflexionarlo demasiado, que la verdad consiste únicamente en la afirmación correcta de ciertas relaciones; que ella se adquiere toda por medio de preguntas y respuestas; que su posesión no es otra cosa que la posesión de un conjunto de informaciones exactas; que ella puede ser poseída toda entera, ya que la inteligencia está hecha para ella. En breve, que ella no tiene ninguna profundidad. Se cree que ella se opone solo al error, y no se ve que se opone también a la «vanidad». Parece que se haya olvidado la tesis tan límpida que está en el umbral de la filosofía tradicional: *ens et verum convertuntur*.²¹ Ya que de aquí viene en seguida un corolario: que la posesión de la verdad no podría ser perfecta sino en la posesión del ser. Ahora bien, el ser desborda infinitamente la capacidad de nuestro espíritu en su estado terrenal; nuestro espíritu

14 85/78s.

15 78/72.

16 86/79.

17 103/97.

18 71/65.

19 153/147.

20 71/65.

21 El ser y la verdad pasan el uno en el otro, son co-extensivos; la verdad es una propiedad fundamental del ser en cuanto tal.

alcanza el ser, pero no lo posee realmente. La verdad, vasta y profunda como el ser, debe por lo mismo desbordar nuestras inteligencias –para que estas no cesen de alimentarse de ella–. Pero, ¡cuánto le cuesta dar sus frutos a un razonamiento tan sencillo!²²

Así, De Lubac nos enseña a contemplar ya la verdad del ser mundano con este asombro por algo que a la vez se nos ofrece y nos sobrepasa, de modo que no es posible encerrarlo una vez para todas en un sistema. Y con tanta más maravilla él contempla la verdad del hombre: ese hombre que paradójicamente «sobrepasa al hombre», según decía Pascal, y al que por tanto ninguna ideología o ciencia puede atrapar. Y aún más hay asombro, reverencia, adoración cuando se trata de la verdad de la revelación de Dios, con sus paradojas tanto más profundas: el Verbo que se hace carne; la Iglesia santa y de pecadores; el amor exclusivo a Dios que no va sin el amor al prójimo; el misterio pascual de perderse y encontrarse, muerte y resurrección... La «objetividad paradójica» en el sentido de conformación con el objeto siempre-más-grande se muestra en este caso como el verdadero espíritu católico, universal, que ha marcado desde el comienzo al P. De Lubac –el mismo espíritu que le hace conmoverse por ver «todo el mundo rezando juntos el Paternoster»–.

22 88s./82s.

ANEXO:

*(Nouveaux paradoxes, 72/66)**

Sencillez

[1] La verdadera clarividencia es siempre ingenua. (101/95)

[2] Las cosas elementares son también las esenciales. Lejos de dejárselas a espaldas como cosas banales para correr detrás de las novedades sutiles, hay que volver una y otra vez a ellas para profundizar una y otra vez en ellas. (99/93s.)

Gozo por la verdad

[3] *Gaudium de veritate, gaudium de Te, qui Veritas es!* (89/83, citando a San Agustín: «¡Gozo por la verdad, gozo por Ti, que eres la Verdad!»)

[4] «Tal vez la verdad sea triste», decía Renan. «Hay que amar las verdades duras», decían unos maurassianos [los integristas de la *Action française*] poniéndose rígidos. San Agustín nos dice: *Aeterna est dulcedo veritatis* [«Es eterna la dulzura de la verdad»]. (85/79)

Sobriedad

[5] Todo pensamiento serio es modesto. No duda en «ir a la escuela» y quedarse allí mucho tiempo. Es a fuerza de impersonalidad como se conquista a sí mismo y, sin buscarlo, se convierte en un pensamiento personal. (84/78)

Souplesse

[6] La firmeza de un cuerpo robusto es mejor que la rigidez otorgada por un corsé. La flexibilidad del viviente es más sólida que la rigidez del cadáver. (78/73)

Aventura

[7] Toda vida espiritual, tanto la de la inteligencia como la del alma, implica una parte de aventura. (82-83/77)

[8] El amor por la verdad no se da nunca sin audacia [*hardiesse*]. Y esta es una de las razones por las que la verdad no es amada. (76/70)

Objetividad como apertura y servicio

[9] La inteligencia no busca naturalmente lo que es “inteligente”, sino lo que es verdadero. (78/72)

[10] No es la sinceridad, sino la Verdad, la que nos libera. Ahora bien, ella no nos libera sino porque nos transforma. Nos arranca de nuestra íntima esclavitud. Buscar ante todo la sinceridad es quizá, en el fondo, no querer dejarse transformar [...] Es rechazar la liberación.

Objetividad como asombro

[11] La vida es siempre el triunfo de lo improbable, el milagro inesperado. (103/97)

[12] «La paradoja está omnipresente en la realidad, antes de estarlo en el pensamiento»; el término «designa ante todo las cosas mismas, no la manera de decirlas». (71-72/65-66)

[13] Se cree fácilmente, y sin reflexionarlo demasiado, que la verdad consiste únicamente en la afirmación correcta de ciertas relaciones; que ella se adquiere toda por medio de preguntas y respuestas; que su posesión no es otra cosa que la posesión de un conjunto de informaciones exactas; que ella puede ser poseída toda entera, ya que la inteligencia está hecha para ella. En breve, que ella no tiene ninguna profundidad. Se cree que ella se opone solo al error, y no se ve que se opone también a la «vanidad». Parece que se haya olvidado la tesis tan límpida que está en el umbral de la filosofía tradicional: *ens et verum convertuntur*. Ya que de aquí viene en seguida un corolario: que la posesión de la verdad no podría ser perfecta sino en la posesión del ser. Ahora bien, el ser desborda infinitamente la capacidad de nuestro espíritu en su estado terrenal; nuestro espíritu alcanza el ser, pero no lo posee realmente. La verdad, vasta y profunda como el ser, debe por lo mismo desbordar nuestras inteligencias – para que estas no cesen de alimentarse de ella. Pero, ¡cuánto le cuesta dar sus frutos a un razonamiento tan sencillo! (88s./82s.)

* El primer número es la página en la edición francesa: *Paradoxes*, Paris, Cerf, 1999 (Oeuvres complètes XXXI); el segundo, en la edición española: «Paradojas» seguido de «Nuevas paradojas», Madrid, PPC, 2005. La traducción ha sido adaptada.